

es un feliz arranque para el estudio posterior sobre los fundamentos filosóficos de la poesía de Machado. Lástima que el autor no haya conservado el mismo equilibrio en sus comentarios sobre Unamuno. Justamente, lo que más hacía falta en éstos era un intento concienzudo de unir —no de separar como lo ha hecho— los móviles filosófico-religiosos del conjunto de la obra.

PETER EARLE

Wesleyan University.

FERNANDO ALEGRÍA, *Breve historia de la novela hispanoamericana*. Ediciones De Andrea, México, 1959; 280 pp. (*Manuales Studium*, 10).

Alegría, novelista chileno y profesor en la Universidad de California, alcanza con este libro la más completa identificación que el crítico puede lograr con su tema. Como historiador y crítico literario parecía apartado voluntariamente del terreno de su personal vocación creadora¹. Hoy entra con pie seguro en la historiografía y valoración de la novela en la América hispánica. La capacidad académica y el testimonio directo se dan en él la mano.

Muchos riesgos debió de sortear Alegría antes de publicar este manual sobre un tema tan numeroso en países y en obras; quizá no tantos como Anderson Imbert con su breviario de *Historia de la literatura hispanoamericana*, pues resulta evidente que el estudio de un solo género abarca menos autores. De todos modos, como en el caso de Anderson, los riesgos que Alegría no pudo vencer son los más dolorosos, pues son los mismos que acosan a toda la cultura hispanoamericana: incomunicación y falta de recursos bibliográficos.

Los capítulos sobre los "Orígenes y el siglo xix" son los que aparecen como mejor formados. La omisión de autores y de obras es mínima, y nunca llega a descomponer el cuadro; sin embargo, no debieron descuidarse los matices ni las proporciones. Es cierto que en un manual no se pueden dar todos los pormenores de la vida literaria, que son tan sugerentes en la composición histórica, pero tampoco se debe prescindir de los que sean más reveladores. La brevedad del capítulo dedicado a los "Orígenes" impide valorar justamente los intentos de novela hechos durante los siglos coloniales. Los *Infortunios de Alonso Ramírez*, de Sigüenza y Góngora, apenas se mencionan, y *El lazarillo de ciegos caminantes* se estudia en muy pocas líneas. Por lo demás, las causas que impidieron el desarrollo de la novela en la América colonial son cabalmente enunciadas por Alegría.

El siglo xix, que abarca desde *El Periquillo* (1816) hasta la decadencia del naturalismo, ofrece excelentes capítulos y, entre ellos, los juicios más afortunados sobre la novela política argentina, *El matadero* de Echeverría y el *Facundo* de Sarmiento, aunque reconoce Alegría que esta última obra no es propiamente una novela. La novela histórica y el realismo romántico, la novela sentimental (que incluye una revalorización

¹ *Walt Whitman en Hispanoamérica y La poesía chilena: orígenes y desarrollo del siglo xvi al xix*, publicadas ambas en México en 1954.

de la *María* de Jorge Isaacs, que ya había iniciado Anderson con su edición y prólogo de 1951), la novela indianista y el realismo naturalista, cuentan con páginas lúcidamente definidoras. Quizá algunos países (Chile, Argentina, México) gozan de mayor atención que otros más pequeños e incomunicados. Ángel Rama ha presentado ya las demandas del Uruguay, inconforme con el sitio y espacio que Alegría le concedió. Alfredo A. Roggiano señala también algunas omisiones que atañen a la Argentina². Varias otras pueden señalarse y seguramente así lo hará la erudición nacional de cada país, según se conozca y estudie la obra; Alegría por anticipado acepta con beneplácito toda noticia o enmienda que tienda a mejorarla, ya que habla en el "Prefacio" de que una "futura edición pueda corregirse, ampliarse o disminuirse" (p. 8).

Los estudios sobre el siglo xx son los que más se prestan a discusión y también a rectificaciones. En el capítulo dedicado a la novela modernista, falta Darío, novelista relativamente fracasado, pero creador de un estilo que muchos siguieron con éxito, como lo reconoce Alegría en el "Prefacio"³, y precursor como cuentista, en cierto modo, de lo que hoy se conoce con el nombre "literatura fantástica", e incluso de las narraciones revolucionarias mexicanas, merced a su cuento "Huitzilopochtli"⁴. Lo mismo puede decirse de Martí, como ya lo ha advertido Anderson Imbert⁵, y de Gutiérrez Nájera, Julián del Casal y José Asunción Silva, narradores cuya influencia y momento histórico no pueden desestimarse⁶. El orden en que se estudian los seis autores que Alegría considera como los más representativos de la novela modernista, no es el más apropiado; Díaz Rodríguez, Reyes, Larreta, Arévalo Martínez, D'Halmar, Pedro Prado, ordenados cronológicamente por el año de nacimiento o por la fecha de sus primeras publicaciones, hubieran proporcionado una visión más clara del desarrollo de la modalidad modernista en la narrativa. Reyes, nacido un año después que Darío, en 1868, fue el primero de los seis en iniciar la producción literaria; *Por la vida* (1888) y *Beba* (1894) son anteriores a *Prosas profanas* (1896), y también lo son dos de los ensayos que forman parte de las tres *Academias* (1898) y que Reyes subtítulo "ensayos de modernismo": *El sueño de rapiña* había aparecido ya independientemente en 1895, *Primitivo* en 1896, y *El extraño* en 1897. El tema de este último, el egoísmo, desemboca en la envidia de *La raza de Caín* (1900), fértil precedente de la "envidia hispánica" de que tanto nos habló la generación del 98⁷. A estas alturas Manuel Díaz Rodríguez, nacido

² *Marcha*, Montevideo, 21 (1960), núm. 1005, pp. 21-22, y *RI*, 25 (1960), pp. 186-188.

³ "Son los regionalistas que descubren el paisaje auténtico de América y lo expresan en un estilo que lleva la marca imborrable de Rubén Darío" (p. 6).

⁴ Ausente en nuestra edición de *Cuentos completos* (1950), puede verse ahora en las *Letras hispánicas*, de Raimundo Lida, México, 1958, pp. 301-306.

⁵ Cf. "Comienzos del modernismo en la novela" (*NRFH*, 7, 1953, pp. 515-525). Una redacción mucho más extensa de este trabajo, con el título de "La prosa poética de José Martí. A propósito de *Amistad funesta*", se presentó en el Primer Congreso de Escritores Martianos, La Habana, febrero de 1953, y se imprimió después en la *Memoria* correspondiente (La Habana, 1953); se ha reproducido recientemente en la *Antología crítica de José Martí*, recopilación, introducción y notas de MANUEL PEDRO GONZÁLEZ (México, 1960, pp. 93-131).

⁶ Cf. mi reseña a los *Cuentos completos* de Manuel Gutiérrez Nájera, en *RML*, 1 (1959), pp. 72-73.

⁷ Cf. mi reseña al *Carlos Reyes* de L. A. MENAFRA, en *NRFH*, 12 (1958), pp. 228-230.

en 1871, sólo había publicado sus recuerdos y crónicas de viajes y los *Cuentos de color* (1899). Y Larreta, del 73, si bien es cierto que ya trabajaba en *La gloria de don Ramiro* que le había de hacer famoso de 1908 en adelante, se había anticipado a Díaz Rodríguez con su *Artemis* (1896), novela corta escrita bajo el influjo de la *Aphrodite* de Pierre Louys⁸. Estas observaciones nos llevan a suscribir en la actualidad estas palabras de Anderson Imbert escritas varios años antes que este capítulo sobre "La novela modernista" de Alegría: "Cuando los historiadores de la literatura hispanoamericana estudian el modernismo se desvían de la novela, y cuando estudian la novela se desvían del modernismo. El resultado es que las novelas modernistas han quedado fuera de foco"⁹.

"La novela de la Revolución Mexicana" y "El regionalismo" aparecen trazados más firmemente; quizá la personalidad de los autores y la concreción de los temas y géneros ayudaron aquí a perfilar el dibujo general. En cambio, en "La novela modernista" y en "El neorrealismo, trascendentalismo y otras tendencias", los árboles y sus múltiples hojas no dejan ver el bosque muy claramente. Aquí los matices salen ganando, pero de repente una personalidad hace sombra a las otras, y algunas ni siquiera se distinguen. La agrupación temática de los autores produce anomalías en la visión histórica o generacional; el caso de Manuel Gálvez es revelador: todavía vivo, figura en el libro antes de "La novela modernista", enclavado en "El realismo naturalista" y puesto como epígono y remate de esta tendencia. A Miguel Eduardo Pardo (*Todo un pueblo*) sólo se le menciona como antecedente de *Ídolos rotos* de Díaz Rodríguez. A Blanco-Fombona no se le puede despachar con el retruécano de Anderson Imbert ("sólo mostró la garra con que se escriben novelas, no las novelas que se logran con esa garra"). Javier de Viana ni siquiera consigue figurar en el *Apéndice* de novelistas no mencionados en el texto. La moderna novela ecuatoriana, tan bien estudiada por Ángel F. Rojas, queda representada únicamente por Icaza, en detrimento de los "otros autores ecuatorianos", que sólo merecen una rápida mención.

Para completar o matizar la historia del relato, en prosa, echa mano Alegría muchas veces de los cuentistas; injustamente olvida aquí al Reyes de *El plano oblicuo* (1920) y de *Quince presencias*, donde se incluye un "arranque de novela". Tampoco Borges es estrictamente novelista, pero no se ha destacado lo suficiente su influencia renovadora en las ficciones hispanoamericanas actuales. Entre los cuentistas más jóvenes se mencionan, como punto de comparación, a Juan José Arreola y a Carlos Fuentes (éste último ha entrado ya en la novela, pero no en la *Breve historia* como novelista); habría valido la pena señalar el afán experimentador de ambos, que ha dejado huella en autores de su generación. Lo mismo podría decirse del argentino Julio Cortázar, del uruguayo Mario Benedetti, del guatemalteco Augusto Monterroso, etc.

Entre los novelistas modernos concede el autor mayor espacio a Yáñez, Mallea, Icaza, Ciro Alegría, Asturias y Carpentier, y, entre ellos, a este último, quizá porque utiliza anticipadamente un ensayo de reciente

⁸ Cf. MAX HENRÍQUEZ UREÑA, *Breve historia del modernismo*, México, 1954, pp. 210-211.

⁹ Cf. "Comienzos del modernismo en la novela" (*NRFH*, 7, 1953, p. 515). Este párrafo introductorio no figura en la versión más amplia que se describe en la nota 5.

fecha¹⁰. En todo caso, el mismo Alegría se cura en salud al advertirnos que el espacio concedido a ciertos autores no significa valoración positiva: "El hecho de que un autor aparezca estudiado en un mayor número de páginas nada tiene que ver con su importancia: quiere decir tan sólo o que me apasioné en su lectura hasta el punto de que perdí el sentido de las proporciones, o que deliberadamente le dediqué tal espacio por considerar insuficiente la bibliografía que existe sobre él. Confieso, desde luego, que figuran aquí autores que se merecen mayor atención. Mi pecado es si no la recibieron. Asimismo, faltan algunos y puede que sobren otros. Si algunos faltan es porque sus obras son inasequibles. Tengo la esperanza de que este libro sea como los trajes que se compran los niños de desarrollo rápido: *crecedor*, y que en futura edición pueda corregirse, ampliarse o disminuirse" (p. 8).

Como creo que se hará, sin duda, esa "futura edición", juzgo necesario contribuir con algunas observaciones más, aunque sólo sea en lo referente a la bibliografía y a los yerros de imprenta, al esfuerzo más valioso que sobre el tema se ha escrito en nuestra lengua. No se mencionan los estudios de Hellmuth Petriconi y Günther Stephan en la bibliografía final¹¹. Quizá tampoco alcanzaron mención, porque se imprimían al mismo tiempo que la *Breve historia*, las obras de Myron I. Lichtblau y Ángel Flores¹². La *Breve historia de la novela hispanoamericana*, de Us- lar Pietri, no es de 1957 (p. 274), sino de 1954 (como dice la p. 270). La tesis de James E. Irby sobre *La influencia de William Faulkner en cuatro narradores hispanoamericanos* [Lino Novás Calvo, Juan Carlos Onetti, José Revueltas y Juan Rulfo] es de 1956 (no de 1957, como se lee en la p. 265). Al hablar de Larreta se imprime varias veces *Zogobí*, que debe ir sin acento (pp. 130-131). En las páginas referentes a Mallea se perpetúa el error de llamar *del silencio* la novela *La bahía de silencio* (pp. 232-233 y 235-236). Algunos nombres extranjeros aparecen mal escritos: Barbey d'Aurevilly, Mendès (p. 118), *Salammbó*, *Thaïs* (p. 129); a otros de escritores hispanoamericanos no se les han respetado sus grafías personales: Froylán Turcios (p. 141), Joaquín García Monge (p. 205), al que debe agregarse la fecha de su muerte, 1958. *Los muros invisibles*, novela de Mario Monteforte Toledo, se imprimió al fin con el título de *Una manera de morir* (pp. 226-227). Y, finalmente, *El heroísmo intelectual* es de José Antonio Portuondo (p. 263).

ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ

El Colegio de México.

¹⁰ Cf. "Alejo Carpentier: realismo mágico", en *HuNL*, 1 (1960), pp. 345-372.

¹¹ *Spanisch-Amerikanische Romane der Gegenwart* (2ª ed., Hamburg, 1950), y *Der mexikanische Revolutionsroman 1910-1937* (Berlin, 1951), respectivamente.

¹² *The Argentine novel in the nineteenth century* (New York, 1959, 225 pp.) e *Historia y antología del cuento y la novela en Hispanoamérica* (New York, 1959, 696 pp.), respectivamente. Con posterioridad se ha publicado una *Antología de la novela cubana*, de LORENZO GARCÍA VEGA (La Habana, 1960, 508 pp.). Sobre Manuel Gálvez en particular podría agregarse la tesis de URSULA ENGLER, *Manuel Gálvez, der Begründer des modernen Romans in Argentinien* (Berlin, 1949). Sobre Blanco-Fombona, cf. WILHELM STEGMANN, *Rufino Blanco-Fombona und sein episches Werk* (Hamburg, 1959). Sobre Eduardo Mallea, véase el ensayo de MARIO BENEDETTI, "Los temas del novelista hispanoamericano" (*Número*, Montevideo, septiembre-diciembre de 1950), el de CARLOS